

“Restaurar la confianza e inspirar esperanza”

Los próximos cinco años para las Naciones Unidas

Declaración sobre la visión de futuro de António Guterres

Agradezco la oportunidad de compartir con los Estados Miembros la declaración sobre mi visión de futuro como candidato al cargo de Secretario General de las Naciones Unidas de 2022 a 2026. Ha sido un enorme privilegio ejercer las funciones de Secretario General desde 2017.

Al igual que hace cinco años, deseo comenzar por reafirmar la Carta de las Naciones Unidas, que es, en efecto, “un logro excepcional en los anales de la historia”. La Carta perdura incluso ante situaciones de profunda transformación. Sus propósitos, principios y disposiciones encarnan todo lo que representamos e inspiran todo cuanto hacemos.

Pese a los cambios acaecidos en el mundo desde que formulé la declaración sobre mi visión de futuro de 2016, los postulados que figuran en ella siguen siendo en gran medida pertinentes: la comprensión de las megatendencias mundiales, la adopción de una visión de conjunto, la centralidad de la prevención, la coordinación y las alianzas, la reforma y la innovación —con los valores de la Carta como guía— siguen siendo fundamentales para cumplir el mandato de un Secretario General de las Naciones Unidas.

Pero, ¿qué significa esto en 2021, cuando contemplamos los años que tenemos por delante?

A. Desafíos y oportunidades

Es un tópico decir que vivimos en un mundo interconectado e interdependiente. Apenas hay cuestiones hoy en día que no resuenen a través de las fronteras, e incluso a través de las generaciones, que no obliguen al mundo a unirse para actuar, que no exijan equidad y solidaridad. Sin embargo, ¿vivimos en consecuencia? ¿Tenemos en cuenta esta interconexión en nuestras palabras o nuestros actos?

No lo suficiente. Y por ello, todos corremos un mayor riesgo. Y no solo nosotros, sino también las generaciones venideras y, de hecho, la propia viabilidad de la vida en la Tierra.

En los últimos cuatro años, dentro de las posibilidades del mandato que se me ha confiado como Secretario General y ante realidades políticas complicadas, he intentado llamar la atención sobre la necesidad de impulsar medidas que reflejen nuestra interconexión. Sobre los riesgos y oportunidades que esta genera. Sobre el imperativo de trabajar juntos para resolver los problemas antes de que nos superen. Sobre las posibilidades increíbles que se nos ofrecen si actuamos de forma solidaria.

Durante estos cuatro años, hemos emprendido juntos este viaje para liderar las iniciativas sobre la acción climática; lanzar la Década de Acción en favor del desarrollo sostenible; promover enérgicamente la igualdad de género; impulsar el fortalecimiento de la diplomacia en pro de la paz y una mejor integración de la prevención y la evaluación de riesgos en el núcleo de la toma de decisiones de las Naciones Unidas; poner en marcha la Acción por el Mantenimiento de la Paz; adoptar medidas tempranas contra las cuatro hambrunas¹; reforzar las medidas de prevención y respuesta frente a la explotación y los abusos sexuales; lanzar un Llamamiento a la

¹ El Yemen, el noreste de Nigeria, Sudán del Sur y Somalia.

Acción en favor de los Derechos Humanos; asegurar una respuesta coordinada de las Naciones Unidas para prevenir y combatir el terrorismo; establecer una Agenda de Desarme; adoptar estrategias para combatir el discurso de odio y salvaguardar los lugares religiosos; desarrollar una estrategia para la juventud; asegurar la inclusión de las personas con discapacidad; e implantar una estrategia de datos para todo el sistema. Esto ha ido acompañado de amplias reformas internas en el sistema de las Naciones Unidas para el desarrollo, la arquitectura de paz y seguridad y la gestión, a fin de mejorar la transparencia, la rendición de cuentas y la eficacia. A lo anterior también se suma, en el transcurso del año pasado, un esfuerzo integral en relación con todos los aspectos de la pandemia de enfermedad por coronavirus (COVID-19), desde salvaguardar las vidas y los medios de subsistencia hasta garantizar una recuperación sostenible y equitativa.

Cabe esperar que estas diversas iniciativas formen parte de una transformación más profunda y amplia, muy necesaria para estar a la altura de los desafíos que plantea un mundo en rápida evolución.

No cabe duda de que los desafíos a los que hoy nos enfrentamos se han vuelto infinitamente más complejos: una pandemia que ha puesto al mundo de rodillas; el cambio climático, que está próximo a alcanzar el punto de no retorno; una biodiversidad que retrocede drásticamente; unos niveles de contaminación que alcanzan cotas mortales, incluso en los océanos; divisiones geoestratégicas y relaciones de poder disfuncionales; guerras complejas cuyo final no se vislumbra, asociadas con frecuencia a la expansión del terrorismo; desigualdades exacerbadas y desestabilizadoras, sobre todo para las mujeres y las niñas y las personas pobres; una lucha por la igualdad de género que se enfrenta a importantes retrocesos; desigualdades crecientes, sobre todo en los países de ingreso bajo y mediano, y en el seno de todas las sociedades; el lado oscuro de un mundo digital cada vez más desequilibrado; un régimen de desarme nuclear en plena erosión; crisis humanitarias y de derechos humanos sin precedentes; la perspectiva de que la hambruna aumente exponencialmente; y cifras récord de refugiados y desplazados forzosos. El Sur Global, las mujeres y los grupos minoritarios, en particular, se han visto desproporcionadamente afectados por estos acontecimientos.

La complejidad, el costo humano y el ritmo dramático de estos desafíos, así como nuestra vacilante respuesta a ellos, ponen de manifiesto una profunda fragilidad en nuestro mundo. La gobernanza a todos los niveles se ha vuelto más difícil, lo que ha dado lugar a un malestar generalizado, una mayor sensación de injusticia y un aumento del populismo y de las agendas nacionalistas centradas en lo interno, que preconizan remedios simplistas, sucedáneos de soluciones y teorías de la conspiración. Hemos asistido a una creciente desconexión entre las personas y las instituciones que se supone que están a su servicio, que se manifiesta, por ejemplo, en un aumento de los movimientos sociales y las protestas contra las estructuras de gobernanza. Ninguna parte del mundo se ha librado de este repunte del descontento popular.

Tampoco podemos ignorar el hecho de que, aunque en muchos aspectos la revolución tecnológica ha transformado nuestro mundo para mejor, también tiene una cara oculta que ha contribuido en no poca medida a la inquietud reinante. Nos encontramos en uno de los momentos de transformación más importantes de la historia reciente: la cuarta revolución industrial. Las grandes empresas tecnológicas se han erigido en actores geopolíticos. Existe una gran preocupación por el efecto destructivo que puede tener el mal uso de la inteligencia artificial. Se están produciendo cambios demográficos masivos, así como una rápida urbanización. Estos acontecimientos han cambiado nuestra forma de vivir, de trabajar, de alimentarnos, de pensar y de relacionarnos.

En medio de toda esta situación, la cooperación internacional ha sido puesta a prueba como pocas veces antes. El propósito del multilateralismo se ha visto cuestionado e incluso socavado por ciertas figuras en posiciones de poder. Alcanzar soluciones a los problemas compartidos ha resultado más difícil en el contexto de una dinámica de poder geopolítico fragmentada y de la aparición de poderosos actores no estatales. Se ha cuestionado profundamente la forma en que compartimos nuestras sociedades y este frágil planeta, los lazos fundamentales y la confianza que nos conectan, la manera en que interactuamos con quienes discrepan o se sienten agraviados o excluidos, la forma en que tenemos en cuenta a las generaciones futuras en los distintos niveles de gobernanza.

Estas tendencias han dado lugar a una profunda paradoja: la cooperación internacional es más necesaria que nunca, pero con frecuencia resulta más difícil de alcanzar. Es una práctica que se incumple más que se observa. O que se aplica de forma cosmética, sin la voluntad y la determinación plenas que se precisan a nivel colectivo para lograr un cambio significativo.

La gente está harta de estas medias tintas, de esta estrechez de miras. Exige más. Quizás, por primera vez en nuestra vida, la pandemia ha tenido el efecto de hacer que todas las personas del mundo se sientan vulnerables al mismo tiempo, lo que ha creado un fuerte sentimiento de interconexión. La ciudadanía exige un liderazgo que esté a la altura de este desafío. En todo el mundo se observa el deseo abrumador de una cooperación internacional más estrecha y eficaz. Es algo que reivindican en particular las mujeres y la juventud. Algunas de las tendencias más negativas del pasado reciente están empezando a invertirse. Se respira una auténtica sensación de esperanza.

Cada vez es más evidente que la paradoja mencionada, si se deja que la situación se agrave, podría acabar con la vida tal como la conocemos. La emergencia climática y la COVID-19 han puesto de manifiesto los modos en que nuestros destinos están conectados y los costos de nuestra incapacidad de resolver los problemas compartidos. La COVID-19 por sí sola ha trastornado nuestras vidas, echando por tierra décadas de avances logrados con mucho esfuerzo en lo que respecta a la erradicación de la pobreza y el hambre, el acceso de la infancia a la educación, la igualdad de género y la inmunización, por nombrar solo algunos desafíos. También ha dejado al descubierto muchos de los riesgos y fragilidades ya aludidas.

No debemos hacernos ilusiones. Sería fácil suponer que la vuelta a la normalidad significara simplemente seguir haciendo lo que hemos hecho hasta ahora. Pero no es eso lo que sucedería. Un enfoque de mera continuidad produciría ciclos regresivos perjudiciales de caos climático, pérdida de biodiversidad, desconfianza, agitación social, pobreza, conflictos, migraciones masivas y desastres. Garantizaría con casi total seguridad que nosotros y las generaciones siguientes nos enfrentaríamos a un futuro distópico en el que los derechos y los valores se verían todavía más erosionados al tiempo que aumentaría la probabilidad de riesgos catastróficos.

Como alternativa, imaginemos que nos tomamos más en serio nuestra vulnerabilidad compartida y la necesidad de una acción colectiva. Imaginemos que tanto los líderes como la ciudadanía reconocen la necesidad de unirse a nivel local, nacional y mundial para trazar el rumbo hacia un porvenir mejor, y no un futuro distópico. En medio de este inmenso sufrimiento, tenemos una oportunidad que solo se presenta una vez en la vida. Aunque, en mi opinión, también es una oportunidad que puede perderse rápidamente. Así pues, hemos llegado a un importante punto de inflexión en la historia, a un auténtico momento de la verdad.

Teniendo en cuenta lo anterior, una cuestión central de nuestros días sigue siendo la prevención en todos sus aspectos, desde los conflictos, el cambio climático y las pandemias hasta la pobreza y la desigualdad. De hecho, nuestro éxito a la hora

de encontrar soluciones a los problemas interrelacionados a los que nos enfrentamos depende de nuestra capacidad para prever y prevenir los grandes riesgos que se avecinan y prepararse ante ellos. Esto hace que en el centro de todo lo que hagamos a partir de ahora deba situarse una agenda de prevención revitalizada, integral y global. Necesitamos más innovación, más inclusión y más previsión, y debemos invertir en los bienes públicos mundiales que nos sostienen a todos. Asimismo, se requiere un multilateralismo reformulado para una nueva era, basado en los principios de equidad y solidaridad. Tengo la firme convicción de que esta nueva conciencia de nuestra vulnerabilidad compartida, y la necesidad de trabajar y actuar juntos, nos permitirá aprovechar la oportunidad de corregir el rumbo y dar forma a un futuro mejor.

Sencillamente, las decisiones que tomemos ahora determinarán nuestra trayectoria en las próximas décadas.

B. El papel de las Naciones Unidas de cara al futuro

Los Estados soberanos tienen a su disposición una Organización intergubernamental, las Naciones Unidas, cuyo objetivo es precisamente reunirlos para “realizar la cooperación internacional en la solución de problemas internacionales”. Su presencia es mundial y sus actividades abarcan toda la gama de necesidades humanas: apoyar la paz allí donde es frágil, proporcionar ayuda humanitaria incluso en los lugares más remotos del planeta, colaborar con los Gobiernos y las sociedades en materia de desarrollo sostenible y derechos humanos y elaborar agendas con visión de futuro y orientadas a la búsqueda de soluciones para las cuestiones transfronterizas. En este contexto, es necesario reforzar y repensar la gobernanza de los bienes públicos mundiales de carácter esencial, que no son solo la salud pública, sino también la paz y el medio natural. La participación puede ser tan amplia e inclusiva como sea necesario.

Los Estados también tienen con qué guiarse para conseguir un mundo mejor. La propia Carta de las Naciones Unidas, la Declaración Universal de Derechos Humanos, el Acuerdo de París sobre el Cambio Climático y los Objetivos de Desarrollo Sostenible representan el plan global integral para la paz y la seguridad, la confianza mutua, la igualdad y la equidad. Además, 75 años de resoluciones y acuerdos representan un patrimonio crucial, un acervo minuciosamente desarrollado durante décadas. Podemos y debemos basarnos en ellos, y reforzar y redoblar nuestros esfuerzos para aplicarlos con total determinación. De hecho, si hubiéramos estado a la altura de las promesas que ya hemos hecho, no estaríamos al borde del precipicio.

No obstante, el mundo también ha cambiado de forma irreconocible a lo largo de 75 años, y han aparecido nuevas necesidades y lagunas. Así, aunque los valores y principios fundamentales de las Naciones Unidas siguen siendo válidos, en algunos ámbitos se necesitan nuevos acuerdos, por ejemplo, para regular el ciberespacio, la inteligencia artificial y otras cuestiones fronterizas.

Y en un mundo al borde del precipicio, debemos combinar lo mejor de nuestros logros pasados con una mirada al futuro que sea lo más creativa y adaptable posible. Es vital que el mundo se una y elabore un nuevo contrato social, incluso con las generaciones futuras, y un nuevo acuerdo global. Se ha dicho que tal vez hayamos llegado a un nuevo “momento” como el de San Francisco, que hay que aprovechar antes de que sea demasiado tarde. Al igual que nuestros fundadores se unieron con la determinación de preservar a las generaciones venideras del flagelo de la guerra, nosotros debemos unirnos con la misma determinación y visión para preservar a las generaciones venideras de los flagelos de la guerra, el cambio climático, las pandemias, el hambre, la pobreza y la injusticia.

A tal fin, mi intención durante los próximos cinco años sería trabajar con los Estados Miembros para que las Naciones Unidas puedan ser el eje que permita dar un vuelco a la situación. Ya podemos discernir el inicio de este proceso, pero para que avance se precisa brindar un apoyo cuidadoso y consciente. Se precisa humildad, civismo, apertura, inclusividad, cohesión, profesionalidad e innovación, así como restaurar la confianza e inspirar esperanza. Se precisa que nos acerquemos a las personas allá donde se encuentren y que las mantengamos en el centro de nuestros pensamientos y acciones. Sobre la base de los propósitos y principios de la Carta, se precisa también un espíritu y una cultura de alianzas auténticas con todos los actores del mundo: los Estados Miembros, pero también las organizaciones regionales, las instituciones financieras internacionales, la sociedad civil, el sector privado, la ciencia, el mundo académico y los medios de comunicación. Esta profunda creencia en las alianzas ha sido un importante principio rector a lo largo de mi mandato y lo seguirá siendo, si se me otorga un segundo mandato.

C. Imperativos para los próximos cinco años

Desde mi punto de vista, para los próximos cinco años se hacen evidentes los siguientes imperativos:

✓ *A corto plazo, organizar una respuesta masiva y duradera a la pandemia de COVID-19 y sus consecuencias*

La COVID-19 ha sido la llamada de atención y el ensayo general de las crisis potencialmente más graves que se avecinan: es fundamental tener en cuenta las lecciones que se derivan de ella y aprovechar la salida de esta crisis como una oportunidad. Una de las pruebas más importantes será determinar cuál es el mejor modo de superar la COVID-19 y de dotar al mundo de los medios para prevenir futuras pandemias y amenazas existenciales similares y estar mejor preparado para ellas. Los países en desarrollo y de ingreso mediano se han visto especialmente afectados y han necesitado un apoyo masivo que va desde el alivio de la deuda y la suficiencia de liquidez, incluida la asignación de derechos especiales de giro, hasta el aumento de recursos para las instituciones financieras multilaterales.

Las Naciones Unidas pusieron en marcha una [respuesta integral a la COVID-19 y sus efectos](#), desde las respuestas sanitarias y humanitarias hasta una amplia agenda política, así como la prestación de apoyo para abordar los efectos socioeconómicos y recuperarse mejor. Teniendo en cuenta todas las iniciativas y la gestión de crisis que hemos emprendido hasta ahora en este ámbito, es importante utilizar el poder de convocatoria de las Naciones Unidas para apoyar el liderazgo de un impulso mundial unificado que se base en los principios de equidad y solidaridad con el fin de:

a) Superar la COVID-19 como amenaza sanitaria, en particular garantizando que haya vacunas disponibles lo antes posible para todas las personas, dondequiera que estén;

b) Mantener un enfoque conjunto con respecto a los efectos colaterales más amplios de la pandemia en las economías y las sociedades, especialmente en los países en desarrollo y de ingreso mediano más afectados, mediante una recuperación inclusiva y sostenible y dando marcha atrás al importante retroceso en la erradicación de la pobreza; y

c) Unirse en un esfuerzo total de prevención, preparación, mitigación y respuesta ante cualquier pandemia futura de la manera más completa posible, más allá de la respuesta sanitaria inmediata.

La recuperación de la pandemia es nuestra oportunidad de reconfigurar y reactivar la Década de Acción para los Objetivos de Desarrollo Sostenible y trazar un camino hacia un futuro más equitativo. Está claro que se debe optar por las energías renovables, así como por las infraestructuras verdes y resilientes. Si no se combate la COVID-19 de forma integral, se erosionará la confianza en la cooperación internacional que se necesita urgentemente en otros ámbitos.

✓ ***No escatimar esfuerzos en la búsqueda de la paz y la seguridad***

Nos enfrentamos a un contexto de paz y seguridad cada vez más fragmentado, que se ve afectado por las divisiones geopolíticas y la naturaleza en constante evolución de los conflictos. Por otro lado, hay una creciente interrelación entre el clima, la escasez de recursos naturales, las vulnerabilidades socioeconómicas y los conflictos; así como amenazas derivadas de los biorriesgos, la desinformación, el discurso de odio y los ciberataques. Cuando tomé posesión de mi cargo me comprometí a potenciar el papel de la diplomacia en pro de la paz, y así lo hice. Sin embargo, a menudo fue una tarea de Sísifo, por la complejidad del panorama de los conflictos. No en vano, dada mi experiencia como Alto Comisionado para los Refugiados y testigo de numerosas emergencias humanitarias, también me comprometí a hacer más hincapié en la prevención, poniendo en marcha un sistema mucho más sólido de revisiones mensuales de los riesgos a nivel regional, de adopción de decisiones por el personal directivo y de apoyo reforzado a los Estados Miembros para gestionar y afrontar los riesgos de crisis.

Sin embargo, los desafíos superan en velocidad a nuestras soluciones, lo cual pone de relieve la urgencia extrema de revisar los mecanismos y herramientas disponibles para asegurarse de que sean los adecuados para responder a esos retos. A este respecto, es importante para mí seguir trabajando estrechamente con los Estados Miembros a fin de mejorar la capacidad del sistema de las Naciones Unidas de abordar los diversos factores de conflicto desde una perspectiva orientada a la prevención, así como tratar de invertir más en la prevención de las crisis.

Cuando la COVID-19 se generalizó, hice un llamamiento a un alto el fuego mundial, señalando que el verdadero enemigo era el propio virus. Basándome en dicha iniciativa y en una serie de avances en situaciones de conflicto actuales, seguiré haciendo todo lo posible —a través de la función de buenos oficios del Secretario General, como intermediario imparcial, forjador de puentes y mensajero de la paz— para trabajar con el Consejo de Seguridad, en su calidad de órgano al que la Carta confía la responsabilidad principal del mantenimiento de la paz y la seguridad internacionales, y con los Estados Miembros para movilizar un mayor apoyo a las soluciones políticas de algunos conflictos de larga duración. Mi objetivo sería reforzar y ampliar una agenda multidimensional de prevención y preparación mediante esfuerzos concertados. En esta labor, es fundamental guiarse por una comprensión global de la paz y la seguridad, haciendo hincapié en la urgencia de cumplir con el derecho internacional, cuyo núcleo es la Carta.

Esto también requiere desarrollar una nueva visión de las operaciones de paz en el futuro, potenciando la Acción por el Mantenimiento de la Paz, el sostenimiento de la paz y la protección de los civiles, y reexaminar el *continuum* de la paz de forma holística a la luz de los desafíos actuales. Asimismo, debemos plantear preguntas difíciles sobre aquellas operaciones en las que no hay paz que mantener a falta de soluciones políticas y revisar aquellas en las que los recursos y el equipo simplemente no son adecuados para cumplir los mandatos. Estoy dispuesto a seguir estudiando con el Consejo de Seguridad, en el ejercicio de su función de imposición de la paz, la forma en que los asociados regionales, especialmente la Unión Africana, pueden recibir un mandato y una financiación adecuada, incluso en las operaciones de lucha contra el terrorismo.

Partiendo de la [Agenda para el Desarme](#), me gustaría actualizar junto con los Estados Miembros el planteamiento sobre el desarme en torno a sus tres áreas principales, esto es, salvar a la humanidad, salvar vidas y el desarme para las generaciones futuras, teniendo en cuenta los acontecimientos recientes. Desearía explorar en particular un diálogo destinado a generar un apoyo más amplio a la no proliferación, un mundo gradualmente libre de armas nucleares y de todas las demás armas de destrucción masiva, el control efectivo de las armas convencionales y la regulación de las nuevas tecnologías armamentísticas. Teniendo en cuenta la Década de Acción y las enseñanzas extraídas de la pandemia, sería importante estudiar nuevas posibilidades de reducir el gasto militar y reorientar los recursos hacia las infraestructuras sociales, el desarrollo sostenible, el fomento de la confianza y la paz colectiva.

Además, mi intención sería seguir promoviendo activamente la participación significativa de las mujeres y la juventud en los procesos de paz, especialmente situando a las mujeres en el centro de nuestros esfuerzos de prevención de conflictos, establecimiento de la paz, consolidación de la paz y mediación, y aumentando el número de mujeres dentro de nuestro personal de mantenimiento de la paz.

Otro desafío sigue siendo el terrorismo, que se desarrolla a una escala totalmente diferente, sobre todo por su alcance geográfico. No hay nada que lo justifique. Se han hecho progresos, pero vemos cómo este fenómeno aumenta en lugares que carecen de arreglos de seguridad eficaces y de capacidad para abordar sus causas sociales y otras causas profundas. Por lo tanto, es necesaria una cooperación continua para prevenir y combatir el terrorismo, incluidas sus nuevas formas, al tiempo que se defienden los valores fundamentales de las Naciones Unidas, especialmente los derechos humanos y las libertades fundamentales. A tal fin, es preciso redoblar los esfuerzos colectivos para luchar contra las causas profundas del terrorismo. Ello también significa abordar el carácter transfronterizo del terrorismo, cada vez más vinculado a la delincuencia.

✓ *Hacer las paces con la naturaleza y emprender la acción climática*

Como expuse en mi [discurso sobre “El estado del planeta”](#), la humanidad está librando una guerra contra la naturaleza. La biodiversidad se desmorona, los ecosistemas desaparecen y la contaminación del aire y del agua mata a 9 millones de personas al año. Y a medida que el ser humano y el ganado invaden y alteran los ecosistemas, el riesgo de que aparezcan enfermedades zoonóticas cada vez más peligrosas se vuelve real. Además, la última década fue la más cálida de la historia de la humanidad, con todas las graves consecuencias que de ello se derivan.

Es evidente que el mundo está inmerso en una triple crisis planetaria de cambio climático, pérdida de naturaleza y contaminación. Esta triple crisis es la principal amenaza existencial para la humanidad, los países y las comunidades de todo el mundo. La emergencia climática, en particular, es la cuestión que define nuestra época. Las personas de todo el mundo, en particular las más jóvenes, han despertado a esta realidad y exigen una acción urgente y una reorientación fundamental de todos los aspectos de la vida y de nuestra relación con el medio ambiente. Algunos de los momentos más memorables de mi mandato fueron mi visita a los pequeños Estados insulares en desarrollo del Pacífico, donde fui testigo de primera mano de los efectos que el cambio climático ya ha producido allí, y mis conversaciones con jóvenes durante la cumbre de la juventud que convoqué en septiembre de 2019 antes de la cumbre sobre el clima, en las que escuché atentamente sus temores y esperanzas.

Está muy claro que necesitamos un esfuerzo urgente e integral para cambiar las cosas. Esta debe ser la máxima prioridad para todas las personas, dondequiera que estén, y requiere la acción climática, la protección de la biodiversidad, los bosques, los océanos y los entornos marítimos y, lo que es más importante, la reducción de las

emisiones globales de gases de efecto invernadero para alcanzar el nivel cero a mediados de siglo. Para conseguir este último objetivo, también es necesario invertir de forma masiva en adaptación y resiliencia, así como hacer que la financiación climática funcione para todo el mundo, en particular mediante la plena aplicación de los compromisos contraídos en París.

Teniendo en cuenta los importantes acontecimientos de este año y la creciente coalición mundial para la neutralidad en emisiones de carbono, considero que el papel del Secretario General es dar la voz de alarma, proponer soluciones y mantener la acción urgente a nivel macroplanetario durante los próximos años. En este contexto, si la aprovechamos, la salida de la pandemia constituye una oportunidad para aplicar la combinación adecuada de políticas que puedan llevar a una recuperación verde y azul mediante una transición justa, especialmente en los sectores de la energía, la aviación, el transporte, el turismo, el sector marítimo, la agricultura, la industria y el desarrollo de infraestructuras. Seguiré defendiendo esta causa con todas mis fuerzas.

✓ *Impulsar la Década de Acción para los Objetivos de Desarrollo Sostenible y promover un mundo más equitativo*

Afrontemos los hechos: en ningún ámbito es mayor la distancia entre nuestras promesas y la cruda realidad de la vida cotidiana de las personas que en nuestra búsqueda de un desarrollo sostenible que no deje a nadie atrás. El sistema político y económico mundial no está cumpliendo adecuadamente sus funciones en lo que respecta a los bienes públicos mundiales esenciales, incluido el desarrollo sostenible, que es un elemento central del contrato social. Sin embargo, la Agenda para el Desarrollo Sostenible es la guía negociada que rige nuestra alianza con los Gobiernos y las sociedades para construir sociedades pacíficas, prósperas e inclusivas en un planeta sano. La Década de Acción tiene como objetivo transformar las instituciones y las estructuras, ampliar la inclusión e impulsar la sostenibilidad. A menos de diez años de que termine el plazo para implementarlos, los avances en los Objetivos de Desarrollo Sostenible son insuficientes. Sin embargo, sabemos que los países y las empresas que ya han incorporado los Objetivos han sido mucho más resilientes a las perturbaciones externas, como la pandemia de COVID-19.

Dadas las flagrantes desigualdades surgidas tras la pandemia, estoy más comprometido que nunca con la visión que expuse en mi [conferencia Nelson Mandela](#) sobre la desigualdad. Mi intención sería redoblar los esfuerzos para defender la equidad entre los Estados y dentro de ellos, así como para promover la cohesión social, la igualdad y la no discriminación dentro de las sociedades en todos los frentes: género, igualdad racial, orientación sexual, protección de las minorías, erradicación de la pobreza y la indigencia y apoyo a los refugiados, los desplazados internos, los migrantes y los apátridas. Este empeño está directamente relacionado con la implementación de los Objetivos de Desarrollo Sostenible y la aspiración crucial de no dejar realmente a nadie atrás. Mis esfuerzos estarían firmemente guiados por una perspectiva global sensible a la edad, el género y la diversidad.

La visión y la promesa de las Naciones Unidas es que los alimentos, la atención de la salud, el agua y el saneamiento, la educación, el trabajo decente y la seguridad social no son mercancías que se vendan a quienes puedan pagarlas, sino derechos humanos básicos de todas las personas. Sabemos que la educación y la tecnología digital pueden ser los dos factores más importantes de facilitación e igualdad. Asimismo, debemos romper el círculo vicioso de la corrupción, que es a la vez causa y efecto de la desigualdad.

Es evidente que la implementación de los Objetivos de Desarrollo Sostenible requiere una inversión masiva y un nuevo enfoque de financiación. He hablado de la urgente necesidad de dar un salto cualitativo en el apoyo financiero, especialmente

ahora que espero que el mundo emprenda una recuperación inclusiva y sostenible. Los debates sobre financiación para el desarrollo que se están produciendo en el seno de las Naciones Unidas en el contexto de la COVID-19 han mostrado una nueva forma de trabajar en la Organización en colaboración con las instituciones financieras internacionales, un área que trataría de impulsar. Deseo que la lucha contra la desigualdad sea un elemento central de una nueva globalización más justa, inclusiva, sostenible y centrada en el ser humano, con especial énfasis en los países menos adelantados, los países en desarrollo sin litoral y los pequeños Estados insulares en desarrollo.

Asimismo, me gustaría seguir fomentando una colaboración mucho más integrada dentro del sistema de las Naciones Unidas, que abarque la paz y la seguridad, el desarrollo sostenible y la acción humanitaria y se apoye firmemente en los derechos humanos. Los distintos actores en estas esferas deben colaborar de forma mucho más fluida desde el principio de una crisis, e incluso antes, para prevenirla, mediante una coordinación eficaz orientada a la obtención de resultados y no basada en los procesos. Hemos logrado importantes avances en este ámbito, en gran medida gracias a mis iniciativas de reforma, pero hay que hacer más. Es esta una cuestión pendiente en la que querría tener la oportunidad de seguir trabajando en los próximos años.

✓ *Garantizar la centralidad de los derechos humanos*

Cuando asumí el cargo, los derechos humanos estaban amenazados en todo el mundo. Esta amenaza es aún mayor hoy en día. Hice mi [Llamamiento a la Acción en favor de los Derechos Humanos](#) justo antes del confinamiento mundial causado por la pandemia, pero los siete ámbitos de acción del llamamiento se han visto validados por la crisis de la COVID-19. Estamos apenas ante el comienzo de una auténtica incorporación de la cultura y el prisma de los derechos humanos en las Naciones Unidas, haciendo partícipes a todos los Estados Miembros y la sociedad civil en general, en particular en el contexto del Consejo de Derechos Humanos y a través del examen periódico universal, inspirando a la juventud y haciendo un esfuerzo concertado por contrarrestar los retrocesos que hemos presenciado en los últimos dos años, prestando atención a toda la gama de derechos —económicos, sociales, culturales, civiles y políticos— y a su universalidad e indivisibilidad, asegurando la rendición de cuentas y abordando la difícil situación de las víctimas.

En 2023 celebraremos el 75º aniversario de la Declaración Universal de Derechos Humanos y los 30 años de la Declaración y el Programa de Acción de Viena sobre los derechos humanos. Ese podría ser un momento adecuado para hacer balance y rejuvenecer y actualizar nuestro pensamiento, tal vez a través de una conferencia mundial de seguimiento sobre derechos humanos. Podemos reflexionar acerca del papel transformador e inspirador que los derechos humanos han desempeñado en nuestras vidas, vinculándolo a la paz, el desarrollo y la acción humanitaria respaldada por los sólidos principios del estado de derecho. Se incluirían medidas específicas para apoyar la Década de Acción para los Objetivos de Desarrollo Sostenible, en particular la erradicación de la pobreza y la promoción del acceso universal a la educación y la atención de la salud; proteger el espacio cívico sobre la base del derecho a la participación y la libertad de expresión, asociación y reunión; explorar la interrelación entre el clima, la biodiversidad y los derechos humanos; abordar los aspectos relacionados con los derechos humanos en el ámbito digital y de la inteligencia artificial; y promover el respeto del derecho internacional humanitario tratando de poner fin a la impunidad, asegurando un mejor acceso humanitario y protegiendo a los agentes humanitarios. Este proceso también podría incluir medidas actualizadas en materia de justicia e igualdad racial que fomenten la confianza pública de las personas históricamente marginadas que siguen sufriendo, con la participación clave de las Naciones Unidas para acabar con el racismo, la xenofobia, la

discriminación y el discurso de odio (partiendo en gran medida de mis estrategias para [combatir el discurso de odio](#) y [salvaguardar los lugares religiosos](#)).

Otro tema, que se expone más adelante, sería acelerar la igualdad de género y combatir la violencia contra las mujeres, en particular mediante medidas de reforma jurídica y movilización de la transformación social, sobre la base de los resultados del 25° aniversario de la Declaración de Beijing y la Generación Igualdad. Mi intención sería promover un programa de protección para todo el sistema, como indiqué en mi Llamamiento a la Acción en favor de los Derechos Humanos.

✓ *Avanzar en la igualdad de género*

La desigualdad de género y la discriminación de las mujeres y las niñas son quizás las injusticias más extendidas en todo el mundo: un abuso que reclama atención. En todas partes las mujeres, por el mero hecho de serlo, están en peor situación que los hombres. Como expuse en mi discurso sobre “[Mujeres y poder](#)“, la igualdad de género es requisito indispensable para un mundo mejor. La pandemia ha agravado las ya profundas desigualdades a las que se enfrentan las mujeres y las niñas, borrando años de progreso hacia la igualdad de género. También ha desencadenado una epidemia paralela de violencia contra las mujeres en todo el mundo, con un aumento vertiginoso del maltrato en el hogar, la trata, la explotación sexual y el matrimonio infantil. Es evidente que el mundo necesita un nuevo impulso para promover el liderazgo y la participación igualitaria de las mujeres. Para lograr un futuro mejor es necesario abordar este desequilibrio de poder.

Hemos estado siempre a la vanguardia de la promoción de la igualdad de género en todo el mundo, incluso en la respuesta a la pandemia y a sus desproporcionadas repercusiones en las mujeres y las niñas. Estoy orgulloso de haber logrado, dentro de las Naciones Unidas, la paridad de género entre el personal directivo superior, incluidos los coordinadores residentes, y contamos con una hoja de ruta para lograr la paridad a todos los niveles, así como una representación geográfica más equitativa en los próximos años. Sin embargo, aún queda mucho por hacer.

Será necesario llevar a cabo, entre otras, las siguientes acciones: abogar por que se haga plenamente efectiva la igualdad de derechos de las mujeres, incluso promoviendo la derogación de las leyes discriminatorias y promulgando medidas de acción afirmativa; abogar por que se garantice la igualdad de representación en todas partes a través de medidas especiales; apoyar la promoción de la inclusión económica de las mujeres a través de la igualdad salarial, los créditos selectivos, la protección del empleo y las inversiones significativas en la economía del cuidado y la protección social; asegurar su salud sexual y reproductiva; promover la adopción de planes de respuesta de emergencia para hacer frente a la violencia contra las mujeres y las niñas y acompañarlos de financiación, políticas y voluntad política; abrir un espacio para la transición intergeneracional que está en marcha; y cambiar las mentalidades, sensibilizar a la población y hacer frente a los sesgos sistémicos de forma coherente.

El mundo tiene la oportunidad de dejar atrás generaciones de discriminación arraigada y sistémica. Es hora de construir un futuro de igualdad. Las Naciones Unidas deben seguir siendo un socio firme en esta labor esencial, que beneficiará a las personas de todo el mundo. Me propongo redoblar mi determinación personal de poner de relieve y apoyar la igualdad de género en todos los ámbitos de nuestra actividad.

✓ *Centrarse en las personas*

Aunque huelga decirlo, mientras vivamos en un mundo de desigualdad el Secretario General tiene la obligación de hacerlo: nuestro sello distintivo debe ser siempre mejorar la vida de las personas y las comunidades. Nuestra Carta comienza

con “nosotros los pueblos” y reafirma la fe en la dignidad y el valor de la persona humana. Es lo que debe motivar cualquier sistema de gobernanza y, sobre todo, nuestra labor en pro de la paz, el desarrollo, la acción humanitaria y los derechos humanos. No hay ningún ámbito donde esto sea más evidente que en la labor humanitaria de las Naciones Unidas, de la que todos deberíamos sentirnos muy orgullosos. Las necesidades humanitarias han crecido de forma exponencial, debido sobre todo a los conflictos y la pandemia. Tendremos que satisfacer estas necesidades y asegurar constantemente la protección del espacio humanitario.

Centrarse en las personas es también escucharlas y hacerlas partícipes de todas nuestras actividades. A tal fin, con motivo del 75° aniversario de las Naciones Unidas pusimos en marcha un ejercicio global para escuchar las opiniones de la población, en lo que constituye la iniciativa comunitaria más ambiciosa que la Organización ha emprendido hasta la fecha para entender las expectativas de la ciudadanía de todo el mundo respecto a la cooperación internacional.

Este enfoque centrado en las personas sigue siendo un criterio importante. También es un elemento central del contrato social, tanto entre las generaciones actuales como en relación con las futuras. Mediante una participación significativa y una implicación sistemática, personas de toda condición pueden exponer las dificultades de su situación y sus necesidades, asegurar sus derechos, obtener el apoyo necesario y buscar un camino hacia una vida más estable. El diálogo continuo fomenta la confianza entre las personas y las instituciones y permite sobre todo formarse una idea concreta de cuáles son las preocupaciones y aclarar qué hay que hacer para responder a ellas.

Aunque las estadísticas son fundamentales, nunca sustituirán el contacto a nivel humano: empatizar con la gente que está en situación difícil, comprender lo polifacéticos que somos, no enfocarse en una única característica o identidad. Cada historia nos recuerda lo inestable que es la vida y cómo, de un día para otro, la violencia y los conflictos, los peligros naturales o una pandemia pueden alterar masivamente la existencia y la trayectoria vital prevista. Cada una de las historias que escuchamos nos hace comprender la esencia misma de la existencia humana, la rica textura de la vida y la interrelación de todas las cosas. Nos motivan a mejorar las condiciones de vida de los demás. Esas opiniones deben tenerse en cuenta en todo lo que hacemos en las Naciones Unidas, y mi firme propósito sería dar voz a quienes no la tienen en nuestra labor diaria.

✓ Afrontar el reto de la transformación digital

Los avances de la tecnología y la ciencia han afectado a todos los aspectos de la vida. La cuarta revolución industrial ha sido profundamente transformadora, al conectar y poner en red al mundo de formas hasta ahora inimaginables, generar innovación y ser un motor de progreso para el desarrollo sostenible. Pero también nos enfrentamos a una colosal brecha digital que refuerza las divisiones sociales y económicas, a posibilidades de vigilancia, control y manipulación sin precedentes y a comportamientos anárquicos y delictivos en el ciberespacio y en los espacios digitales no gobernados, en particular en Internet, que han creado nuevos vectores de inestabilidad y han planteado enormes cuestiones éticas, sociales y normativas. Acojo con beneplácito a este respecto que los Estados Miembros concluyeran por consenso el informe del Grupo de Trabajo de Composición Abierta sobre los Avances en la Esfera de la Información y las Telecomunicaciones en el Contexto de la Seguridad Internacional.

Sabemos que dentro de una década la seguridad nacional tendrá que ver más con los datos, la infraestructura crítica y la cibernética que con los tanques, las armas o los soldados. Es necesario actualizar los conceptos tradicionales de seguridad, lo cual

requiere un enfoque de gestión de crisis adaptado. El desarrollo de la tecnología digital en el siglo XXI plantea enormes desafíos que hay que abordar de frente. Entre otros muchos ejemplos, hemos visto desplegar tácticas de desinformación y otras prácticas dañinas al servicio de agendas políticas y comerciales, con consecuencias corrosivas, divisivas y polarizadoras en las sociedades.

Tengo la intención de reunir a todas las partes interesadas, en particular en el marco de un Foro para la Gobernanza de Internet reforzado, a fin de aplicar rigurosamente la [hoja de ruta digital](#) que lancé en junio de 2020 como seguimiento del [informe del Panel de Alto Nivel sobre la Cooperación Digital](#).

El objetivo es —y no puede dejar de ser— un futuro digital abierto, libre y seguro en el que se respeten plenamente la protección de datos, la privacidad y otras normas pertinentes de derechos humanos. La hoja de ruta digital promueve esa visión de un futuro digital inclusivo y sostenible mediante la conexión a Internet, de aquí a 2030, de los 4.000 millones de personas que restan por hacerlo. El seguimiento también implicará realizar esfuerzos para mejorar la regulación del uso de la inteligencia artificial, promover un mayor orden y una gobernanza eficaz de Internet, el ciberespacio y el espacio ultraterrestre y, lo que es más importante, superar la brecha digital. No podemos permitirnos un mundo de dos velocidades. Y las mujeres deben tener un papel igualitario en el diseño de las tecnologías digitales. Como hemos aprendido a la fuerza durante la pandemia, el objetivo debe ser que todo el mundo esté conectado. La digitalización y la cooperación digital deben aprovecharse eficazmente en beneficio de los problemas mundiales y para resolverlos.

✓ *Promover el multilateralismo y nuestra agenda común*

La lección más importante de estos últimos cuatro años es que no podemos resolver nuestros grandes problemas si no nos unimos. Pero esa unidad no solo tiene que ver con instituciones o procesos. Se trata, en primer lugar, de una cuestión de mentalidad. Es muy humano querer refugiarse en grupos con ideas afines, en formas de pensar cómodas, en viejos modos de operar. Pero esta tendencia nos está perjudicando. Todo está cambiando a nuestro alrededor mucho más rápido que antes. Y, si miramos hacia el futuro, podemos ver que la forma y los lugares en que vivimos, el tipo de ciudades o zonas rurales, la manera en que nos educamos a lo largo de nuestra vida, el tipo y las formas de trabajo a las que estamos llamados a dedicarnos y otras muchas cuestiones serán muy diferentes de aquello a lo que hemos estado acostumbrados hasta ahora.

Si queremos un futuro en el que podamos vivir en paz, cómodamente, con nuestras necesidades básicas cubiertas, colaborando, en ciudades más verdes, con modelos socioeconómicos que valoren el bienestar y la sostenibilidad, además del progreso económico, y donde podamos disfrutar de espacios abiertos para el debate, así como de solidaridad y confianza dentro de las sociedades, entre ellas y con las generaciones futuras, tenemos que superar nuestra tendencia a la polarización y asumir la cooperación internacional, que consiste, ante todo, en resolver problemas. Una cooperación internacional que se sustenta en un profundo sentido de la solidaridad mutua, que entiende las megatendencias, promueve una visión de conjunto y se basa en el reparto de responsabilidades, y que convierte cualquier cuestión transfronteriza y cualquier bien común mundial en un asunto internacional de toda la sociedad.

No se trata de establecer un gobierno mundial ni nuevas burocracias, sino de que los Estados Miembros se unan para definir cuáles son los bienes públicos mundiales que pueden requerir mejoras en la gobernanza. El punto de partida debe ser el respeto y el cumplimiento del derecho internacional, su desarrollo progresivo cuando se detecten lagunas, incluso a través de políticas inclusivas si es necesario, el

fortalecimiento de las instituciones y la participación adecuada de todas las partes interesadas.

El multilateralismo es una labor ardua pero gratificante, como sabemos todos por nuestro compromiso con la diplomacia. Es el antídoto contra el nacionalismo populista que causó estragos en el siglo XX. No debemos permitir que la estrechez de miras y las acciones unilaterales vuelvan a ser el pilar de las relaciones internacionales. Sería hacer un flaco favor a los importantes avances logrados desde la Segunda Guerra Mundial. También sería una negación, con consecuencias nefastas, del carácter interconectado de la vida.

En respuesta al mandato otorgado por la Asamblea General en la Declaración sobre la Conmemoración del 75º Aniversario de las Naciones Unidas, en septiembre de 2021 presentaré un informe sobre cómo promover “nuestra agenda común” para abordar los desafíos actuales y futuros. El objetivo de dicho informe es contribuir a que el multilateralismo se adapte a las amenazas, los desafíos y las oportunidades del siglo XXI, es decir, establecer un multilateralismo en red que conecte a las instituciones mundiales de distintos sectores y geografías y un multilateralismo inclusivo que aproveche las capacidades de la sociedad civil, las regiones y ciudades, las empresas y las instituciones académicas y científicas. Es así como podremos garantizar un multilateralismo eficaz. Es así como podremos combatir la irracionalidad y mantener el espíritu de la ilustración y de la edad moderna.

✓ *Emprender el camino hacia unas Naciones Unidas 2.0*

A lo largo de sus 75 años, las Naciones Unidas han dado muestras de una enorme capacidad de adaptación e innovación, mucho más de lo que tradicionalmente se les reconoce. El ejemplo más famoso es el mantenimiento de la paz, pero hay muchos más. Siempre he considerado que la Carta permite responder a la evolución de las circunstancias, contemplar la cooperación entre pilares y garantizar la coherencia en la labor de las Naciones Unidas. Las iniciativas de reforma de los últimos cuatro años ya han dado resultados, como lo demuestra el modo en que el sistema de las Naciones Unidas se unió para hacer frente a los desafíos de la COVID-19. Está claro que las instituciones no pueden ser estáticas, sino que deben ser ágiles, dinámicas y evolucionar para abordar cuestiones cada vez más complejas tanto en la Sede como en nuestras operaciones en todo el mundo. Las Naciones Unidas están llamadas a adaptarse para seguir siendo una plataforma universal de cooperación entre Estados soberanos basada en los principios de igualdad, respeto mutuo, beneficio mutuo y derecho internacional, de conformidad con la Carta.

También es importante destacar que la labor de las Naciones Unidas solo es posible gracias a la firme dedicación y compromiso de su personal, nuestro mayor activo, que da lo mejor de sí mismo y cumple las más estrictas normas éticas en consonancia con los valores de la Organización.

El camino hacia el futuro son unas Naciones Unidas más integradas, cohesionadas y unidas que construyan redes externas y participen en ellas. Dado que todo está interconectado, necesitamos soluciones para todo el sistema, no respuestas aisladas. Una vez consolidadas las iniciativas de reforma realizadas hasta la fecha, seguiremos desarrollando nuevos métodos de trabajo para hacer frente a los desafíos actuales y futuros en el marco de una colaboración amplia y en constante evolución con los Estados, el sector privado, la comunidad científica y los actores de la sociedad civil. También aprovecharemos nuestra nueva estrategia de comunicación para asegurar que todo aquello que sabemos, producimos y hacemos se presente de forma convincente a un público amplio.

Aunque la mejora continua y la inquebrantable adhesión a la transparencia, la rendición de cuentas y la supervisión seguirán siendo la norma, sería importante

acelerar la transformación en los próximos años mediante los cinco cambios que se indican a continuación:

- Datos, análisis y comunicaciones: sobre la base de la [estrategia global de datos](#) de las Naciones Unidas lanzada el año pasado, convertir a la Organización en el analista de datos y comunicador más avanzado en beneficio del mundo.
- Innovación y transformación digital: aprovechando todos los medios disponibles, hacer que nuestra infraestructura de innovación se refleje en un amplio abanico de las actividades que realizamos a fin de mejorar nuestra labor.
- Prospectiva estratégica: realizar actividades de prospectiva estratégica, vincularse con otras entidades de todo el mundo y utilizar esa labor para adoptar medidas anticipatorias y de preparación.
- Desempeño y orientación a la obtención de resultados: centrarse en la ejecución y en medir el éxito de nuestra labor, extraer enseñanzas de lo que no ha funcionado y centrarse en la obtención de resultados.
- Cultura de trabajo: simplificar y reducir los procesos burocráticos innecesarios y fomentar una cultura de trabajo en colaboración.

Más concretamente, estaría dispuesto a prestar el apoyo necesario en lo que se refiere a cualquier decisión de los Estados Miembros de adaptar los órganos intergubernamentales a las necesidades y realidades de hoy.

✓ *Reavivar la adhesión a nuestros valores impercederos*

Los valores fundamentales de las Naciones Unidas son impercederos y están consagrados en la Carta. No son patrimonio de ninguna región. De hecho, se encuentran en todas las culturas y religiones del mundo: paz, justicia, dignidad humana, tolerancia y solidaridad. Pero, en algún punto del camino, la confianza y el sentido de solidaridad que deben sustentar la acción colectiva se han ido difuminando. Es tarea nuestra reconstruirlos. La ciudadanía tiene que volver a confiar en que los valores de las Naciones Unidas significan algo para ella y que son pertinentes para nuestras vidas en el siglo XXI. Es importante que esos valores encuentren su reflejo en los desafíos actuales y por llegar, de modo que sirvan de orientación para la ética del futuro y potencien un mayor sentido de la responsabilidad, del reparto de cargas y de la rendición de cuentas, especialmente en lo que respecta a la juventud y a las generaciones del mañana. Debemos unirnos para explorar, incluso junto a líderes religiosos y filósofos, qué significa la ética para el futuro, tomando como referencia los valores fundamentales sobre los que se fundaron las Naciones Unidas.

D. Conclusión

Ahora que empezamos a dejar atrás la pandemia, las Naciones Unidas son más relevantes que nunca. Tal conclusión se desprende claramente de las respuestas al ejercicio global que, con motivo del 75º aniversario, pusimos en marcha para escuchar las opiniones de la población. Y también se refleja en la forma en que la gente ha recurrido a los Estados —los mismos Estados que componen las Naciones Unidas— y a las organizaciones internacionales para resolver el mayor problema al que nos hemos enfrentado colectivamente desde nuestra fundación. Debemos actuar como catalizador y como plataforma de modalidades de multilateralismo más inclusivas y eficaces y de estructura más reticular. Nuestro rumbo está claro en el ámbito de la paz y la seguridad, la acción climática, el desarrollo sostenible, los derechos humanos y el imperativo humanitario. Nuestro poder de transformar la situación actual para que el mundo y el futuro sean mejores para cada uno de nosotros depende de todas las

personas, dondequiera que estén, y solo puede ejercerse con éxito si estamos decididos y resueltos a combinar nuestros esfuerzos en pro de nuestra agenda común en beneficio de la humanidad y del planeta. Está en nuestras manos —es decisión nuestra— hacer que esto se convierta en una realidad ahora, antes de que sea demasiado tarde. Sería un profundo honor para mí que los Estados Miembros me confiaran de nuevo la tarea de contribuir a cumplir esta aspiración.

Nueva York, 23 de marzo de 2021